

## El cinismo idealista de Alejandro Carrión

### GALO MORA WITT

#### RESUMEN

Este ensayo analiza aspectos de la dilatada labor como periodista, crítico literario, narrador de ficción y, sobre todo, la producción poética del ecuatoriano Alejandro Carrión. Señala que su narrativa, desde muy temprano, evidencia el tono satírico que no abandonaría jamás, tanto como su «vocación festiva de la sedición». Destaca su labor como periodista, principalmente con el seudónimo de *Juan sin cielo*. Menciona algunos aportes de Carrión en tanto crítico literario, recogidos principalmente en la revista *Letras del Ecuador*. El hilo conductor del ensayo –a ratos nostálgica semblanza– se nutre de una perspectiva inevitable: ciertos rasgos de su personalidad (su experiencia en «romances y serpientes», la vocación de incisivo y mordaz humorista, su «naturaleza confrontacional» y aguda inteligencia), además de sus dotes de narrador satírico y de poeta.

PALABRAS CLAVE: Alejandro Carrión; ironía; narradores ecuatorianos; periodismo ecuatoriano; sedición.

#### SUMMARY

This essay analyzes aspects of the multiple tasks of the journalist, literary critic, fiction narrator and, above all, the poetic production of the Ecuadorian Alejandro Carrión. It points out that his narrative, from a very early stage, demonstrates the satirical tone that would always play a part, as much as his «festive vocation of sedition»; it stresses his work as a journalist, mainly under the pseudonym of *Juan sin cielo*. It mentions some of Carrion's contributions as a literary critic, compiled principally in the magazine *Letras del Ecuador*. The main thread of the essay –at times a nostalgic portrait– is nourished from an inevitable perspective: certain characteristics of his personality (his experience in «romances and snakes», the incisive and sharp humorist vocation, his «confrontational nature» and sharp intelligence), in addition to his gifts as a satirical narrator and poet.

KEY WORDS: Alejandro Carrión; irony; Ecuadorian narrators; Ecuadorian journalism; sedition.

MI PADRE, ALFREDO Mora Reyes, fue, a finales de la década del cincuenta, el primer alcalde socialista elegido por votación popular en el Ecuador. De aquellos años no tengo recuerdos, salvo por los cuentos familiares que suelen, en ocasiones, falsear y emboscar a la memoria. Una anécdota, referida por mi hermana Melania, tiene que ver con mi primer encuentro con Alejandro Carrión, cuando el escritor dirigía la revista *La Calle* y yo contaba con cuatro años de edad.

Carrión, acompañado por don Julio Eguiguren, brillante memorialista, llegó a visitar a mi padre, y yo, con la candidez propia de un niño, de acuerdo al testimonio de mi hermana, le hice tomar asiento en la escalera de la casa, como hacía, con inocente democracia infantil, con los campesinos que llegaban hasta la residencia del alcalde. Cuando mi hermana encontró a Carrión sentado en las gradas tuvo, dice, una mirada de asombro y estupor, incrementada por mi comentario: *aquí está un compadre de mi papá*. Lo había tratado igual que a los chasos que llegaban y decían: «Vos, doctor, tienes que ayudarme...».

Otro encuentro con Alejandro Carrión ocurrió en 1979, cuando él y Manuel Agustín Aguirre fueron homenajeados por la Asociación Lojana de Quito. Carrión había abandonado hacía muchos años las filas socialistas, y sus crónicas, siempre agudas y cáusticas, iban dirigidas a reprochar con vehemencia toda expresión política de izquierdas. Convertido en intransigente crítico de su propia memoria, se refirió a Aguirre como poeta e intelectual, y evitó así hacer mención a la pasión por la doctrina marxista que éste mantenía vigente en su pensamiento y en su corazón.

Alejandro Carrión Aguirre fue centro de debates, polémicas y agravios, tanto por su consagración a ensalzar a las figuras legendarias de la Revolución Liberal liderada por el general Eloy Alfaro, a sus cánticos a la España Republicana, y a la ideología del Partido Socialista, como por su posterior desertión y aislamiento en una torre de marfil, a la que dotó del cancel que evitaba a sus ex compañeros de armas, quienes, a la distancia, lo acusaban de transfuguismo.

Un retrato ajeno, de una personalidad insondable como la de Walter Benjamin, me permite, gracias a las palabras de Christopher Domínguez, catalogar a Carrión:

[...] me parece el niño ejemplar. Sufrió una doble curiosidad por desmontar, como si fueran artilugios mecánicos, tanto su pasado –el judaísmo– como

su presente –el comunismo–, pasiones superficiales –jamás superfluas– que lo dejaban a solas con los juguetes, su cuidado y su catalogación.<sup>1</sup>

En el caso de Carrión, los artefactos del mecano son su pasado de socialista –pecado de juventud– y el presente –hasta el fin de sus días–, de aristócrata del pensamiento. Hay que ver si el desacople de los juguetes y legos fue hecho en pleno día, o buscó el auxilio nocturno de fulleros románticos e idealistas, porque, huelga decir, no hay juego sin treta.

La actitud bifronte de Alejandro Carrión puede ser comparable a las posiciones asumidas por Dos Passos, Steinbeck, Octavio Paz, Vargas Llosa y Cabrera Infante, quizá los más famosos apóstatas del siglo XX, porque Carrión está muy arriba, como creador, de Labrador Ruiz, Benítez Rojo o Franqui, renegados de la Revolución cubana; a millas de distancia de Teodoro Petkoff, acérrimo enemigo de la Revolución bolivariana; distante de la traición premeditada del peruano Eudocio Ravines, y, al mismo tiempo, éticamente muy lejos de Jorge Semprún, quien, tras ser expulsado del Partido Comunista Español, fue un crítico feroz de sus estructuras, pero jamás dio pábulo a las conspiraciones intestinas y a la virulencia reaccionaria y fanática.

En la serie de polémicas que la actitud de Carrión desató se encuentra de por medio su profunda inteligencia, reconocida por cofrades o antagonistas, su condición de creador, polígrafo, erudito, humorista, y, hasta el retrato precoz que le hiciera el escritor norteamericano Albert B. Franklin, que reconoció, en el entonces joven lírico, de apenas 20 años, su «cinismo agotador e idealista».<sup>2</sup>

El tránsito que llevó a Carrión de la militancia socialista al sosiego conservador fue descrito por Ángel F. Rojas:

El iconoclasta vitriólico de los primeros años de juventud, el revolucionario virulento, el agresivo luchador que disponía de un temible carcaj de centellas de ambas manos, fue remansándose con los años. Fue adquiriendo un continente apacible, y pasó, hasta su muerte intempestiva y repentina, como un formidable periodista de opinión.<sup>3</sup>

- 
1. Christopher Domínguez, *La sabiduría sin promesa. Vidas y letras del siglo XX*, México, Joaquín Mortiz, 2001, pp. 11-12.
  2. Albert B. Franklin, *Ecuador, retrato de un pueblo*, Colección Ecuador, Testimonio de autores extranjeros, vol. 4, Quito, Corporación Editora Nacional, 1984, p. 188.
  3. Ángel F. Rojas, «Escritores de Loja y para Loja», prólogo a Alejandro Carrión, *El último rincón del mundo*, Loja, diario *El Comercio* / Municipio de Loja, 1992, p. XVI.

La solemnidad de Rojas, no exenta de cierta magnanimidad, pinta un fresco menos apasionado que los conceptos vertidos por otros contemporáneos de Carrión, donde las apostillas son, ciertamente, acusadoras.

El tránsito y la conversión de Carrión revuelcan su primera militancia socialista, pero, a la luz del tiempo, se puede observar que el punzante iconoclasta estaba ya en vigencia cuando decidió actuar activamente en política. Aquella intervención pública forma parte de un inmenso mural de utopía y quimérica devoción social, y en el escenario insurgente, la creatividad de Carrión se expresó a través de un ejercicio lúdico memorable.

La Alianza Democrática Ecuatoriana convocó al escritor a formar parte de la revuelta contra el gobierno autocrático de Arroyo del Río, y Carrión se convirtió en protagonista de «La Gloriosa», como la historia reconoce a los sucesos del 28 de Mayo de 1944. En ese proscenio, plural y violento, el compromiso con la rebelión popular no ensombreció al narrador incisivo y satírico que, en los momentos más graves del fragor, expresaba la vocación festiva de la sedición. La narración de los sucesos, como es lógico esperar de su pluma irreverente, es histriónica y caricaturesca, lo que nos da la pauta del escondido narrador que convivía junto al combatiente:

Nosotros, con nuestra organización y prácticamente toda la Universidad, fuimos tranquilamente y ocupamos la gobernación [...] yo recibí el telegrama de Quito en el cual se me nombraba jefe de todo, absolutamente todo, con poderes para organizar el gobierno de la ciudad y provincia. [...] Yo obtuve, desde el primer momento, la mejor colaboración: el doctor Pío Jaramillo Alvarado aceptó ser gobernador; mi padre José Miguel Carrión, aceptó presidir el I. Concejo Cantonal [...]. Pero a pesar de que el poder de la revolución se había consolidado en toda la república, en Loja la policía y el ejército continuaban leales al viejo régimen y se temía que ocurra algo desagradable, así pasó con la policía [...]. Se hicieron gestiones para convencer a la policía que abandonara el edificio [...] y, de pronto, tendidos en el suelo, desde los balcones del segundo piso, los policías hicieron fuego. [...] La multitud se dispersó, ciertamente y sin heridos, pero volvió y volvió armada de palos, con los que comenzaron a tratar de forzar las puertas de la casa de la policía. A la larga, se vio quien vencería y los balcones desde donde se hicieron los disparos se cerraron y así terminó la gloria del fa-

moso batallón de policía de Loja y su mayor Moscoso Aulestia, a quien los estudiantes le cantábamos:  
... el Mayor Moscoso Aulestia  
en el fondo es una bestia.<sup>4</sup>

## JUAN SIN CIELO, LA CALLE Y LA PROFUSIDAD LITERARIA

La vida literaria de Alejandro Carrión tiene que ver con el periodismo, género en el que, y a través del alias *Juan sin Cielo*, logró restablecer en el país la figuración que antaño tuvieron Eugenio Espejo, Fray Vicente Solano, Juan Montalvo, José Peralta y Manuel J. Calle.

El seudónimo fue utilizado por Carrión en contraposición al Juan sin Tierra que era utilizado por muchos colegas. Jorge Carrera Andrade creó, tiempo después, un maravilloso poema con el mismo título, y el *Juan sin Cielo* fue disputado por los dos escritores. Carrera Andrade y Carrión se insinuaban mutuamente el pago de arriendo del poema y el seudónimo.

La primera etapa de *Juan sin Cielo* vio la luz el 13 de diciembre de 1948, en el diario *El Universo*, con la columna «Esta vida de Quito», y los desafíos del periodista convocaron a duelos verbales con innumerables contradictores, al punto que, cuando le cuestionaron su naturaleza confrontacional, Carrión les respondió que se peleaba con todo el mundo «porque estaba buscando un lugar bajo el sol». Y, claro, la sorna implacable, unida al agudo talento, le otorgó no solamente un lugar bajo el sol equinoccial, sino el odio de sus víctimas y, por lo general, de humillados contrincantes. Carrión recuerda, con inusual arrepentimiento, algunos de esos episodios:

Me iba bien: el diario estaba contento conmigo, yo estaba contento con el diario... Con frecuencia, ahora lo veo, me extralimité en epítetos y en «seguimientos», que a veces tomaron el aspecto de verdaderas persecuciones. Es imposible no pecar cuando se tiene tanta amplitud para moverse. A la distancia lo lamento. Inventé palabras y muchas de ellas se incorporaron para siempre al lenguaje común y al léxico político. Popularicé apo-

---

4. Leonardo Ogaz Arce, *Todo el poder a Velasco. La insurrección del 28 de Mayo de 1944*, Quito, Ediciones Abya-Yala, 1998, pp.173-175.

dos, conté anécdotas reveladoras, hice caricaturas probablemente muy hirientes. ¡Dios, las cosas que yo hice!<sup>5</sup>

La estancia de *Juan sin Cielo* en *El Universo* duró 25 años, con un breve tampo, es decir, una pasantía en el diario *La Razón*, y con una sucursal, la revista *La Calle*, que fundó y dirigió en su primera etapa junto a Pedro Jorge Vera, y la que continuaría en solitario, cuando la Revolución cubana entró en escena y se revelaron diferencias irreconciliables entre los directores, agravadas por la vehemencia con la cual Carrión convirtió su postura antibolchevique, y su obsesión refractaria al comandante Fidel Castro, en pasión narrativa.

Junto a Vera y Raúl Andrade, Carrión integra la trilogía de periodistas de excepción, en algunos casos por la calidad de página, en la cual el estilo de Andrade es indudablemente soberbio. Con Vera y Andrade lo une, además, la capacidad de escribir estocadas lapidarias y catilinarias letales.

Del número 49 de *La Calle* he extraído una crónica firmada por *Juan sin Cielo*, porque su vigencia es inaudita y parece demostrar que la realidad política del país se parece más a una fotografía inmutable que a una ley dialéctica:

¿Quién ama al Tribunal Supremo Electoral?  
 [...] Dime quién te ama y te diré quien eres...  
 ¿Quién te enamora, carita de emperaora?  
 Pues... ¿quién va a ser? Quien sino el Partido Conservador.  
 [...] En este amor, el Partido Conservador no tiene rivales. Nadie le disputa la dama. Nadie se deja pisar el poncho por la buenamoza.<sup>6</sup>

Si cambiamos el nombre del Partido Conservador por el de alguna de las organizaciones políticas reaccionarias y anacrónicas de hoy, se puede decir que, además de perspicaz y agudo, Carrión bien puede ser considerado profeta, aunque esa palabra siempre fue para él motivo de sátira, dado el rechazo que profesó a lo largo de su vida hacia la figura hierática del Dr. Velasco Ibarra, poseedor, sin discusión, del bíblico calificativo.

---

5. Alejandro Carrión, *Esta vida de Quito*, Quito, Banco Central del Ecuador, 1983, p. 9.

6. Juan sin Cielo, «Está la ley hecha poncho», en *La Calle*, No. 49, Quito, 22 de febrero de 1958.

En *La Calle*, que tenía el lema «porque en la calle es donde habla todo el mundo», las diatribas iban dirigidas a las tropelías y arbitrariedades de funcionarios de alto rango de la burocracia local, los abusos de compañías extranjeras, como el contratista norteamericano Charles Smith, quien, a través del Eximbank, estafó en seiscientos mil dólares, de los de aquel tiempo, al Estado ecuatoriano.

Otras víctimas de los latigazos de *La Calle* fueron los militares represores, los curas antediluvianos y toda expresión *curuchupa*, adjetivo hoy casi desaparecido, y con el cual el habla popular calificó y denostó a las huestes políticas conservadoras.

Junto a Alejandro Carrión y Pedro Jorge Vera, originales directores del semanario, desfilaron periodistas como Jorge Vivanco Mendieta, Méntor Mera, José Félix Silva, Germán Carrión Arciniegas, Alfredo Vera Arrata, Oscar Villena y Patricio Cueva. *La Calle*, a través de sus redactores, se refirió con anticipación al tema de la economía petrolera; a una forma de sumisión de los soldados digna de Sacher Masoch; a juicios escandalosos, como los de los pichirilos y la chatarra, que derivaron en atentados contra la vida de Alejandro Carrión.

La siempre postergada unidad de la izquierda fue otro de los emblemas de *La Calle*. En la edición número 123, del 18 de julio de 1959, *Juan sin Cielo* escribe:

*La Calle* invita a esta empresa de desarme espiritual, de

moratoria de agravios» para hacer posible la unidad. Para predicar con el ejemplo, vuelve a reiterar lo que ya dijera en su número anterior: sus páginas estarán abiertas a todos los impulsos que conduzcan a la unidad, y si hay todavía quien desee seguir blandiendo el garrote como medio de unirnos, ese garrote no será blandido en estas páginas. Aquí estamos, pues, por la unidad a base de que no nos insultemos y lastimemos más aun entre nosotros. Aquí estaremos también para seguir batallando contra todo el que aspire a impedir la unidad: a ese lo denunciaremos, como a lo que realmente es: cómplice de la Conserva, agente de los «cuervos negros».<sup>7</sup>

---

7. Juan sin Cielo, «El camino a la unidad», en *La Calle*, No. 123, Quito, 18 de julio de 1959.

8. Benjamín Carrión, Carta de Alejandro Carrión, del 18 de marzo de 1958, en *Correspon-*

Carrión batalló cinco décadas en el periodismo nacional e internacional. La Universidad de Columbia, Nueva York, le otorgó el premio «María Moors Cabot», galardón máximo de la prensa continental, y su huella en el mismo será motivo de otra reflexión, que incorpore una investigación sobre centenas de artículos no codificados ni editados en sus obras completas, y así tratar de encontrar «el alma volcánica de Juan sin Cielo».

También merece una indagación monográfica su dedicación al cuento —un libro suyo, *Muerte en la isla*, obtuvo el Premio Leopoldo Alas, en España—, a la novela —*La Espina* fue accésit al premio Losada de Buenos Aires—, la dramaturgia y el ensayo, pues su vocación de intelectual renacentista merece una inspección que desemboque en biografía, «ese soneto de la historia», como decía otro Carrión, su tío Benjamín, con quien Alejandro, después de una relación filial cercana, terminó desatando amarras hasta ubicarse en la orilla contraria, como resultado de sus profundas diferencias ideológicas.

De aquella fraternidad familiar queda, sin embargo, la relación epistolar entre Carriones, en la que Alejandro, con su reconocido sarcasmo, le habla de Carlos Guevara Moreno, proverbial líder político que se jactaba de haber combatido en la Guerra Civil Española, naturalmente del lado republicano:

Mi querido Benjamín [...]. Es posible que hable pronto con el famoso dragón mayor de la CFP, quien, según parece, ha revisado sus opiniones acerca de «los Carrión» [...]. Sin duda, será interesante el hablar con dicho animal mitológico.<sup>8</sup>

Miles de páginas escritas con vocación y sin tormento deberán ser exhumadas o leídas con ojos del presente. Quizá así podamos medir la trascendencia del Carrión que ponderaba la novela policiaca, al decir: «Lo que el soneto es al poeta: escuela de sobriedad, suprema disciplina de medida, obra maestra de premeditación, arquitectura sutil de calculados efectos y oscuras resonancias: eso es la novela policiaca al novelista».<sup>9</sup>

Carrión, fundador y primer director de la revista *Letras del Ecuador*, añorada publicación de la Casa de la Cultura, dedicó su mirada hurgadora a

---

dencia I. *Cartas a Benjamín*, Quito, Municipio del Distrito Metropolitano de Quito, 1995, p. 207.

9. Alejandro Carrión, «Elogio de la novela policiaca», en *Letras del Ecuador*, No. 23, Año III, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, mayo de 1947, p. 9.

10. Alejandro Carrión, «Los Compañeros de Don Quijote», en *Revista de la Casa de la Cul-*



temas del arte colonial, como su estudio «Hazaña y milagro de la plástica de Quito». Con la misma fiebre indagadora, logró el rescate de lo que se llamó «el eslabón perdido» de la poética, obras de los versificadores que hacen de puente entre 1522 y 1675, período en el cual, sin la obsesiva indagación de Carrión, existiría un vacío de siglo y medio, es decir que, en este sentido, Carrión también latigüeo al silencio.

Con la misma pasión con la que salmodiaba a algunos de sus contemporáneos, o se burlaba, a través de Berta Singerman, de la rara especie de recitadores y declamadores, recordaba, afectuoso, el estoicismo creador de Ignacio Lasso, Cristóbal Ojeda Dávila o José Alfredo Llerena.

Fue el primero en proclamar a César Dávila Andrade como uno de los más grandes poetas de América, al tiempo que analizaba, con devoción escudriñadora, a los poetas del extrañamiento, a quienes dedicó la investigación antológica *El Ocioso en Faenza*, prueba de pesquisa intelectual, en la que recupera tesoros perdidos de la poesía colonial de los jesuitas desterrados.

Con su espíritu de *voyeurista* de la historia literaria, Carrión Aguirre dedicó al Quijote varios de sus escritos. El examen sobre los homéricos compañeros del caballero de la triste figura recrea épocas del oscurantismo medieval, al que describió con sutileza y refinamiento:

El tiempo y el espacio eran aún jóvenes, estaban enteros, invictos, y la vida era cerrada y la soledad y la distancia más crueles y tenaces. [...] El pecado y el demonio tiranizaban al hombre tanto como la distancia o la fuerza. Y la letra, que es la luz de las almas era privilegio, y el libro objeto de lujo con sus hojas de pergamino sabiamente minadas, y fuente de peligro, porque en sus pesadas páginas se podía esconder la herejía, celosamente vigilada por los centinelas de la fe, señora de la razón y ama de la inteligencia.<sup>10</sup>

Los endriagos inquisitoriales son víctimas de la cáustica mirada de Carrión, en prefacios que anuncian, con precocidad, el combate que libraría años más tarde contra el totalitarismo del Soviet de Stalin. En sus cruzadas, extraña mezcla de posiciones ácratas e independientes, no siempre distinguió el origen y el destino de sus fuetazos, y su crítica mordaz devino, más de una vez, francotiradora y arbitraria.

---

*tura Ecuatoriana*, vol. 5, tomo II, Quito, agosto-diciembre de 1947, pp. 137-138.

11. Cfr. Alfredo Mora Reyes, *Maestros Lojanos*, Loja, Casa de la Cultura Ecuatoriana Nú-

A diferencia de esas azotainas, los capítulos que Carrión dedica a Loja, en la que nació el 15 de marzo de 1915, son arrumacos biográficos o testimoniales. Con fulgurante humor, el tributo incluye una «pequeña lista de lojanismos hecha de memoria», en la que explica el significado de palabras como añango (zorrillo), bichauche (pajarillo azafranado), changa (pierna); bi-rolo (bizco), casero (indio de Saraguro), colambo (serpiente de vivos colores), chulapo (insecto melero), chontear (enamorar), tataco (individuo pequeño), socondoco (sopa demasiado sólida) o puchaperro (persona despreciable), por citar unos cuantos.

Continúa la apología a la provincia y a la patria de la infancia con un paseo romántico y linajudo sobre su ancestro aristocrático, que empieza por el reconocimiento a su bisabuelo, Manuel Carrión Pinzano, *el Capitán de la tormenta*, como lo definió Alfredo Mora Reyes al recordar la epopeya de 1859, cuando el federalismo lojano se sumó a los esfuerzos para evitar la disgregación nacional,<sup>11</sup> y desemboca en la naturaleza fértil de los ungidos por el don de la palabra y la inteligencia, entre los cuales constan, naturalmente, casi todos sus parientes.

Ufano, y hasta ampuloso, Carrión dedica espacios importantes de su obra a hablar de su tierra, y el artículo que más impacta, por la lojanidad jactanciosa, se denomina «Por pura filantropía», en el que, tras realizar un bosquejo del aporte de ciudadanos lojanos a la patria, termina deshuesando a Jorge Diez, escritor de ancestro colombiano, quien había osado poner en duda el valor de esa contribución, y de paso raspa a Quito y los quiteños, reverdece la antigua rencilla austral con Cuenca, y, en fin, atraviesa a todo el que se le ponga al frente:

[...] Así, es ya más de un siglo que venimos sacrificándonos por pura filantropía. Hemos remitido nutridos equipos para todos los gustos. Un buen equipo fue el de los doctores Agustín Cueva y Pío Jaramillo Alvarado. Nuestro segundo Presidente, Isidro Ayora ya no resultó tan macana como el primero. Notable fue esa pandilla compuesta por José María Ayora y los tres Cueva García a la que podríamos agregar Virgilio Guerrero y Max Witt. Y por otro lado, con el objeto de que el equilibrio se mantuviera, enviamos a Benjamín Carrión, Pablo Palacio, Ángel Felicísimo Rojas y Manuel Agustín Aguirre. [...] Y sobre todas las cosas, ¿no es cierto que hemos enviado

---

cleo de Loja, 1959.

12. A.Carrión, «Por pura filantropía», en *Esta vida de Quito*, pp. 83-85.

a Juan sin Cielo? [...] Por esta razón, tú y yo somos extranjeros venidos a Quito por pura filantropía. Y tú sabes muy bien que no somos nosotros los que le damos «ese inevitable aire provinciano, moroso y desesperante». [...] Los que le dan a Quito su aire provinciano son los propios quiteños. Porque tú sabes que el provinciano es el que cree perfecto a su lugar nativo y lo convierte en su medida del mundo. Y el quiteño es así. Si está en Nueva York, compara el Hudson con el Machángara y piensa que la calle Venezuela tiene más movimiento que Wall Street. [...] Por lo demás, estamos completamente de acuerdo. Así como Cuenca produce sombreros de paja toquilla, Loja produce hombres ilustres.<sup>12</sup>

Como contraste a su origen provinciano, la mirada literaria y cultural de Carrión es universalista, quizá como credencial y camino para romper el aldeanismo conformista que siempre le pareció mediocre, trivial e insignificante. Su mirada es más cosmopolita que la de muchos de sus contemporáneos, a los que Carrión consideraba letrados pueblerinos, de ahí que los retratos de Poe, Eluard, Singer, Pound, Boll y Maldelstam, por citar unos pocos, no sean apologéticos, y, por el contrario, expresen una toma de posición y de conciencia frente a ellos. Saberse humilde engrandece, porque la humildad no es similar a la indignidad y al silencio.

En su mascarilla de Samuel Beckett, Carrión lanza una contraofensiva:

[...] estoy en contra de Samuel Beckett, de la concepción que él tiene del mundo y de los hombres [...]. El pequeño escritor, desde la libertad inmensa de su anonimato, puede estar en contra del grande y proclamarlo a grito herido. Soy, en este caso, el oscuro hombrecillo del montón que hace a brocha gorda un cartel de protesta contra Nixon u otro dinosaurio y sale con él a pasear por la Avenida Connecticut. [...] Yo, que sospeché siempre que Celine y Kafka exageraban, afirmo que Beckett traspasa las fronteras de la exageración y entra al territorio de la calumnia [...]. La risa roja de Leonidas Andreyev decía: Este hombre quiere asustarme, pero yo no le dejo lograr su propósito [...]. Yo hablo con la inmensa libertad que me concede mi pequeñez, y, parodiándolo, digo: Este Samuel Beckett trata de asustarme, pero yo no se lo consiento.<sup>13</sup>

---

13. Alejandro Carrión, «Samuel Beckett o la noche oscura», en *Los caminos de Dios*, Quito, Banco Central del Ecuador, 1988, pp. 73-74.

14. Alejandro Carrión, *Poesía: Primera Jornada*, Quito, Banco Central del Ecuador, 1983,

Está claro el mensaje, y entre líneas, se puede observar otro, oculto y subterráneo, que subvierte la expresión de modestia de Carrión: su sentimiento de pequeñez parece emerger desde cierta sombra de amargura y la falta de reconocimiento universal a un talento, que como el suyo, acaso lo merecía. Pese a todo, en ese malabar entre recato, pudor y orgullo, Carrión siembra su estatura de polemista inquebrantable, de boxeador letrado, y convoca al duelo pendenciero, a la riña verbal, para establecer y dirimir territorios de la literatura y de la ideología.

### **LA PRESENCIA LAZARIANA DE LA POESÍA**

Esta faceta de Carrión merece también un rastreo intelectual profundo, pero, por ahora, estas páginas están dedicadas a indagar algunos renglones de su poesía, particularmente la poesía social que impulsó durante tres décadas y de las que renegó, en la práctica, cuando cambió cierto mesianismo revolucionario por la palabra rota, rediviva o lazariana, en el sentido de resuscitación de la vida, de la poesía.

Sentía, cual presagio, la espiral de voces fantasmales de otros tiempos. Le parecía escuchar los quejidos de moribundas y bandoleros, lamentos de río muerto y luna viva, porque podía, y lo asumía con milagrosos golpes agoreros, guardar en un cofre de celofán los milagros y secretos del mundo.

A su estirpe estética sumaba una obligatoriedad umbilical de hombre de letras, como se decía en el pasado reciente al apotegma solemne que definía lo que era un intelectual, y, además, no escuchaba solo él la llamada poética, porque eran los oídos familiares los que percibían las baladas del barranco, en donde, según cuenta la tradición aymará, se esconden o evaporan los cantos de los abuelos:

Era inevitable el que yo fuese poeta: lo fue mi abuelo, Manuel Alejandro Carrión Riofrío; lo fue mi padre, José Miguel Carrión Mora y lo fueron sus hermanos Héctor Manuel y Manuel Benjamín [...] la poesía estaba en mi sangre. [...] Creo que soy poeta; el expresarme en poesía es consustancial con mi ser. Escritores de clara sensibilidad crítica como Gonzalo Zaldumbide, Isaac J. Barrera, Benjamín Carrión, Ángel F. Rojas o Alfredo Pajera han encontrado en mi prosa, en cuentos o ensayos, viva mi poesía. El

don poético solamente me ha sido negado por el crítico Hernán Rodríguez Castelo...<sup>14</sup>

De sus primeros años de producción es el extenso poema «Salteador y guardián», dedicado a la memoria de Naún Briones, bandolero de frontera que fue, muchos años más tarde, sublimado en la novela *Polvo y ceniza*, de Eliécer Cárdenas.

Ese poema robinhoodesco recrea la historia del bandolero a través de una mirada apologetica, de tributo social que ensalza una forzosa redistribución de la riqueza, en versos que hicieran exclamar a Juana de Ibarbouru: «Alejandro Carrión tenía la inocencia de no saber cuán grande poeta era», mientras el crítico norteamericano Dudley Fitts no tenía ambages en compararlo con Tennessee Williams y considerarlo uno de los cinco mejores poetas jóvenes de América.

De su paso  
guardan una huella profunda los caminos.  
Cuando abrió los ojos  
lo rodeaba una tierra desnuda  
que ignoraba el rocío y no tenía noticias de la lluvia.  
Su primera mirada fue hacia el sur.  
Hacia el sur enrumbaban su vuelo batallones de pájaros.  
Hacia el sur dirigía el viento la copa de los árboles.  
Hacia el sur dirigían los hombres sus miradas.  
Hacia el sur se iban los caminos.

[...]

Creció. Se hizo buen jinete,  
aprendió a cruzar a nado los anchos ríos tranquilos,  
a matar a lo lejos los venados huidizos  
sin errar un centímetro el disparo de la mitad del pecho.  
Se hizo hombre. Soñó con ser minero,  
chofer del despoblado, marinero de Paíta,  
arriero del ganado, policía, vaquero.  
Regaba, como todos, con el sudor la tierra.  
Como todos tenía hambre, sed, paludismo.  
Y un buen día sintió que la tristeza

---

2a. ed., p. 7.

15. A. Carrión, «Salteador y guardián», en *Poesía: Primera jornada*, pp. 39-44.

Le desbordaba el pecho, llenándole la vida.  
 Y le dio a su machete la recia vecindad de una pistola.  
 [...]
 Era la rebeldía de los peones  
 la que se desbordaba con él por los caminos.  
 [...]
 Nunca les quitó nada a los trabajadores  
 A los patrones, dueños de la tierra,  
 les quitó los billetes, las reses y la vida,  
 les violó las hijas, les quemó las casas  
 y les hundió su nombre, como una puñalada, en lo más delicado de sus vidas.<sup>15</sup>

El poema pertenece a *Luz del nuevo paisaje*, Premio Latinoamericano de Poesía 1937, que corresponde a la primera etapa poética del autor, periodización definida por el propio Carrión, quien bautizó a estos versos, fechados entre 1932 y 1957, con el nombre de «Primera Jornada», y con ese nombre fueron reeditados en la antología publicada por el Banco Central en el tomo 4 de las obras completas.

La crítica literaria fue benévola y hasta apologética con la poesía de Carrión. Augusto Arias, por ejemplo, dice:

El suyo es un canto vital, así en el amoroso reclamo, en la tarde del agonista, en la biografía del ser con esperanza y contradicción, como en los capítulos que autobiografizan su infancia, con poder de evocaciones y con la estatura del espíritu que tienen los años niños.<sup>16</sup>

Isaac J. Barrera, por su parte, cree que Carrión «ha recorrido una vasta parábola, hasta dar con la esencia de su verso. Revolucionario, ironista y, sin embargo, de una suavidad de frase que demuestra que su más grave preocupación es la de que las ideas sobrepasen a las imágenes».<sup>17</sup>

Poeta revolucionario, dice Barrera, y Carrión lo subraya cuando, en el poema «Bloqueo a la esperanza roja», exclama:

---

16. Augusto Arias, *Panorama de la literatura ecuatoriana*, Quito, Ministerio de Educación, 1956, p. 392.

17. Isaac J. Barrera, *Historia de la literatura ecuatoriana*, vol. IV, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1955, pp. 108-109.

18. Entrevista a Alejandro Carrión por Álvaro Sanclemente, en diario *El Tiempo*, Bogotá, 16

Crece la tempestad en los pechos obreros.

Estamos en el día angustioso y terrible  
que arde en los calendarios con rojas llamaradas.

Llamas, llamas,  
gigantescas llamaradas desde los corazones  
suben a las pupilas.

Es la fiebre del grito que enloquece a los hombres.  
Es la fiebre que vibra en la dura palabra subversiva.  
Es la fiebre que presta ese brillar de ascuas a los ojos.  
Es la fiebre, la incontenible fiebre de los trabajadores.

Poesía de barricada, con la misma esencia panfletaria que el propio Carrión censura, años más tarde, cuando recuerda a sus antiguos camaradas, aquellos que no siguieron el sendero de la apostasía, y, de acuerdo a mi interpretación de la sorna de Carrión, «emborreguécieron», en el sentido de boresgos y de gegos.

Acaso la noción de doblez –en su ambigüedad de verdadera y falsa a un mismo tiempo–, puesta en escena por Nabokov en su obra *Desesperación*, y en la que profundiza sobre la leyenda que habla de los sosias que todos tenemos en algún escondite del Universo, es un destino inevitable, o es la premisa que justifica el desencanto o la retractación como acto justiciero, mediante el cual, un abjurado hace válida su conversión a través del proceso de maduración intelectual.

En acto de estricta honestidad y respeto la cronología del autor, es necesario reconocer que el proceso de transformación política de Alejandro Carrión no fue súbito y repentino. Una reflexión honda lo acompañó durante muchos años, al punto que en el lejano 1946, declaró:

Los poetas de mi generación, que es posterior a la de Jorge Carrera Andrade, empezamos en 1933 como soldados de un movimiento revolucionario. Influenciados por las doctrinas marxistas nos considerábamos como simples trabajadores de la poesía que prestábamos un servicio social como cualquier otro trabajador. Pero, en verdad, teníamos una posición extremista, adulterábamos las propias doctrinas en que nos inspirábamos y nos alejábamos con frecuencia de la poesía [...] Joaquín Gallegos Lara era por aquel entonces, entre nosotros, una especie de jefe de disciplina, encargado de descubrir y censurar cualquier desviación de la línea de conducta que nos

habíamos trazado. Esta situación prevaleció hasta el momento en que Benjamín Carrión y Jorge Carrera Andrade, ambos con gran autoridad entre los intelectuales jóvenes, lanzaron la voz de alarma, diciendo que era necesario salvar a la poesía ecuatoriana de tan grave amenaza.<sup>18</sup>

Esta transformación, del panfleto militante a la meditación individual, culposa hegeliana de por medio, se expresa en su poema «Soledad»:

[...]

Dejad que niegue y niegue y que me contradiga,  
dejad que me sostenga sobre un filo de espadas,  
dejad que sea un naipe la base de mi casa,  
dejad que satisfaga mi sed en hiel amarga.  
Soy solo. Nadie puede hacerme compañía,  
la soledad es aire para rodear mis ojos  
y sangre para hirviente caminar por mis venas.  
Soy solo. Es imposible estar conmigo un día.

[...]

Soy solo. Ni la tierra habrá de acompañarme.<sup>19</sup>

Tiempo antes de su confesa conversión a las huestes liberales, Carrión hacía alarde de su condición de libre pensador, y toreaba, con altanería académica, el izquierdismo de Jorge Enrique Adoum, particularmente en la obra *La poesía del siglo XX*, donde sus dardos apuntan, a través de Adoum, a Hikmet y Maiakovsky, o quizá, eran los dos poetas las pantallas para atacar el corpus poético del propio Adoum, al que llega a catalogar como «poeta de América del Sur», en franca inquisitoria al supuesto aldeanismo del escritor ambateño, pese a sus residencias en Santiago o París:

El brillante poeta Jorge Enrique Adoum, cuyas obras últimas constituyen algo de lo más serio de nuestra poesía del siglo XX, acaba de llevar al volumen la serie de notas críticas que, no harán cuatro años, leyó por Radio Casa de la Cultura Ecuatoriana, sistematizadas y pulidas hasta dar –tal es su empeño– un testimonio de lo que para él es más vital y sintomático de la poesía universal [...]. Sin embargo, cualquier lector tranquilo arribará a una conclusión: el autor no ha podido romper del todo la cadena de la sim-

---

de noviembre de 1946, p. 27.

19. A. Carrión, «Soledad», en *Poesía: Primera jornada*, pp. 177-178.

20. Alejandro Carrión, «Poesía del Siglo XX, de Jorge Enrique Adoum», en *Letras del*



patía. Ante todo se ve que es un autor americano, de la América del Sur [...]. Por otra parte si se descuenta la sujeción a la simpatía, y en este caso no estética, sino ideológica, no se explica aquí la presencia del señor Maiakovsky. He leído con inmensa atención el ensayo que le dedica Adoum, y no puedo, sinceramente, explicarme qué tuvo de poeta este afanoso funcionario de la propaganda bolchevique. [...] No diré tanto del poeta turco Hikmet. Es justo que Adoum, de sangre árabe, haya buscado un poeta representativo de ese mundo. Pero... poemas como ese que él cita: «Si la mitad de mi corazón está aquí, doctor, –la otra mitad está en China– con el ejército que baja hacia el río Amarillo...», eso no tiene nada de poesía y sí de amasijo perpetrado por orden superior, en ese absurdo plan de poesía dirigida con el cual los dictadores intelectuales del Soviet han esterilizado la poesía rusa...<sup>20</sup>

Adoum, que recuerda con verdadera fruición las antológicas bromas y burlas que el Carrión bohemio hiciera en el pasado común de juergas y amanezidas literarias, tuvo un gesto singular de caballerosidad e indulgencia cuando Carrión murió:

(...) No recuerdo haberle enviado yo libro alguno, quizá porque, en otro artículo, Carrión había hablado del cansancio y el aburrimiento que le produjo la lectura de *Entre Marx y una mujer desnuda*. Pero cuando, en una reunión, llegó una noche de 1993 la noticia de su muerte –el mismo año en que murieron Alfredo Pareja, Galo Galecio, Araceli Gilbert...– y algunos la «celebraron», pude hacerlos callar: yo había arreglado cuentas, frente a frente, con él, y me dolió su muerte, particularmente por mi amistad con alguno de sus hijos.<sup>21</sup>

Carrión no fue Premio *Lenin*, como Neruda, ni Orden *Félix Varela*, como Adoum, y, seguramente a su pesar, por su devoción por el ex Neptalí Reyes Basoalto, intentó desaguar las caracolas palabreras del mar frío, como lo hacía el enorme poeta chileno. Tal vez por ello dedicó una obra íntegra al pensamiento bolivariano, con un poema epígrafe, en el que, en la venia incomparable del Neruda del *Canto a Bolívar*, dice:

---

Ecuador, No. 108, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, marzo-junio de 1957, p. 10.

21. Jorge Enrique Adoum, *De cerca y de memoria*, La Habana, Editorial Arte y Literatura, 2002, pp. 130-131.

22. Alejandro Carrión, «Oración», en *Nuestro Simón Bolívar*, Banco Central del Ecuador,

Padre, levántanos  
sobre la palma de tu mano,  
álzanos sobre el destino,  
defiéndonos del tiempo  
cúbrenos con tu sombra,  
danos la luz de tus ojos,  
la fuerza de tu ánimo,  
la resolución de tu alma,  
la sed de tu aliento...<sup>22</sup>

Pero el Simón que crecía en Carrión era distinto al Bolívar de los demás, y la gesta melosa del poema lo prueba. Cuando Alejandro Carrión cambió de fe, el acto de contrición le valió lisonjas de la aristocracia intelectual y repudio de la comunidad izquierdista de creadores. Aquellas llamas rojas habían dejado, sin *saudade*, de correr por sus venas y, compulsivo en su retracción, desdeñó a sus antiguos camaradas. Sobre la vanguardia comunista de Enrique Gil Gilbert, autor a quien en el pasado hiciese incluso una glosa, «Heme hoy aquí, ¡cuán otros mis cantares!»,<sup>23</sup> Carrión fue crítico, especialmente en la acusación a la militancia de éste por haber absorbido su tiempo literario: «Pienso que fue una gran desgracia el que los últimos treinta años de su vida se hayan dilapidado en la política. Con ello, las letras ecuatorianas perdieron mucho».<sup>24</sup>

Si para algunos fue un acto de hidalguía y reencarnación, para otros, como su íntimo enemigo Pedro Jorge Vera, la conversión de Carrión Aguirre fue una vileza, y así lo expresó:

No sabría decir con exactitud cual fue la causa primordial de esta involución. La verdad es que a raíz de su viaje a Estados Unidos, por invitación del Departamento de Estado, lo notamos ligeramente cambiado, pero la metamorfosis completa vendría después, cuando comenzaron a definirse las candidaturas. Día a día, Alejandro se fue encenegando hasta llegar a ser el más empecinado enemigo de Cuba y el calumniador pertinaz de sus amigos de ayer.<sup>25</sup>

---

1993, p. 13.

23. A. Carrión, «Glosa», en *Poesía: Primera jornada*, p. 191.

24. Alejandro Carrión, «Enrique Gil Gilbert. Política contra literatura», en *Galería de retratos*, Quito, Banco Central del Ecuador, 1983, p. 109.

25. Pedro Jorge Vera, *Gracias a la vida. Memorias*, Quito, Voluntad, 1993, p. 121.

26. Alejandro Carrión, «Pedro Jorge Vera. Trayectoria poética en tres libros», en *Galería de*

Sobre la poesía inflamada de Pedro Jorge, Carrión escribió, descarnado:

Vera creó su primer libro poético en el ambiente de este amor, tenso como la cuerda del arco, ambicioso de ser una realidad sobre el solemne terreno de la historia. El resultado fue, como en todos los casos similares, un fracaso conmovedor: la sinceridad no suplía ni lo bisoño del instrumento poético, ni la falta de elán para lo épico, pues la épica es irremediablemente, el único campo donde podría construirse una poética revolucionaria. El fracaso de Vera se produce al mismo tiempo que el de sus compañeros de generación que intentaron simultáneamente la misma aventura. Lo producido, que en la proyección de la historia literaria, será solo una anécdota, se conoce entre nosotros como «la poesía de cartel», y fue solamente una resonancia del clima ideológico en el cual esa generación llegó a la letra.<sup>26</sup>

Y Carrión desembocó en las letras que más amaba a través de concesiones, avenencias, derribo de pancartas. En 1962, cuando había abandonado las huestes socialistas para siempre, escribió *Poeta y peregrino*, obra en la cual su crítica ideológica se transforma en alegato libertario contra el yugo estalinista:

### **EI MURO**

Aquí, de pronto, se detiene la vida.  
Las miradas, los saludos, los suspiros que vuelan  
son derribados a balazos.  
Los sollozos, el anhelar del alma, el amor difícilmente contenido,  
son derribados a balazos.  
¡Por aquí no se pasa!  
¡Aquí está el muro!  
Este es el fin de un mundo y el comienzo de otro.  
Han cavado un abismo más ancho que la vida,  
más hondo que la muerte.  
Vendas de dura piedra enceguecen las casas.  
Cilicios de alambradas llagan los corazones.  
Aquí está el muro, extendido, sinuoso, sierpe sedienta  
dividiendo la ciudad al extremo límite.

¡La muerte para ti, quienquiera que seas si te atreves!

---

*Retratos*, p. 120.

27. Alejandro Carrión, «El Muro», en *Poesía: Segunda jornada*, Quito, Banco Central del

La muerte acecha con mil ojos,  
 más que nunca celosa de la vida.  
 Muchacha: nunca más tus ojos verán los de tu amante.  
 Se interpone el muro.  
 La sierpe está tendida en medio de la vida.<sup>27</sup>

Fechado en Berlín, el poema contra el muro, así como otros, forman parte de la ira versificada de Carrión. El mismo asume el probable error de convertirse en lo que detestaba, es decir, vocinglero declamador de «su» verdad, o, lo que es peor, prisionero de su angustia liberal:

Confieso que todos esos poemas deben su existencia a algo extraño, que por entonces me aconteció: sentí la necesidad de expresar líricamente mi reacción hacia determinadas ciudades y países. Al hacerlo surgieron esos compromisos que nunca debe aceptar un poeta y que yo había puesto fuera de mi obra a partir de *Poesía de la soledad y el deseo*.<sup>28</sup>

Muchos años atrás, Joaquín Gallegos Lara decía: «Alejandro Carrión teje más poesía que la que se ha escrito en el Ecuador desde que la señora pávida se llevó en sus brazos flacos a Noboa y Caamaño». El reconocimiento de entonces, representado por la voz del centauro y partisano mayor de Guayaquil, hoy ha cambiado. Alejandro Carrión murió el 4 de enero de 1993, y, en la estela de llanto familiar, no apareció ninguno de sus antiguos compañeros.

La muerte, por humana y misericordiosa que sea, no puede borrar infidelidades y perfidias, y no perdonó a Carrión haber encabezado la escuadra de los exégetas del arrepentimiento, es decir, de quienes repudiaron su pasado y evolucionaron hacia radiantes sombras, o, lo que sería mucho más literario, cuando dejó con el antiguo antifaz a *Juan sin Cielo* y decidió ser, vivir y morir con el nombre de Alejandro Carrión.

Más allá de la coincidencia con Carrión en la denuncia del estalinismo, perverso acontecimiento que un día lejano también nos encegueciera e impidiera mirar muros, tropelías, realismos falsos e intolerancia, creo que una de las mayores virtudes de los seres humanos es la lealtad. Por ello, no puedo contemporizar con el Alejandro Carrión que, jugando a ser ladino y Aladino,

---

Ecuador, 1988, p. 27.

28. A. Carrión, *Poesía: Segunda jornada*, p. 8.

29. A. Carrión, «La abjuración de Magda», en *Esta vida de Quito*, p. 129.

frotó lámparas y escondrijos y desapareció de las escuadras socialistas, llevándose consigo su juventud rebelde.

Claro que él, desde el cielo del último rincón del mundo, podría preguntar: ¿A quién debía traicionar para no ser apabullado por su rencor?, ¿a ustedes, dueños de mi inútil biografía, o a mí mismo, destinado a residir en el aroma libresco y libre de mi vida muerta?

Si se tratase de epitafios y la iluminación para soñar, el propio Carrión, quiromántico y clarividente, podría haber testamentado para el suyo aquellas palabras que dedicó a la luchadora y poeta peruana Magda Portal, cuando ésta renegó del Partido Aprista del Perú: «En la dramática agonía del aprismo, acaso ningún episodio tenga tanto sabor trágico como éste de abjuración de Magda Portal, tan llena de profundo desencanto, de vida vuelta humo, de irrefrenable amargura».<sup>29</sup>

Hoy, cuando todavía me estremezco al tocar los acordes de «Pequeña Ciudadana», poema de Carrión que se popularizó gracias a partituras de Segundo Cueva Celi, pienso en la naturaleza humana de la claudicación y su consecuente bruma de soledad. La claudicación es senil, en ocasiones temerosa, siempre atroz. En la claudicación todo ser es prisionero del recuerdo, mientras que, de soledad, en versos de Carrión, «va llenándose la vida, va helándose la sangre...»:

De soledad, de soledad la vida  
está toda formada,  
de soledad sus horas han sido construidas,  
de soledad los labios han formado palabras  
y han sorbido los sesos que el recuerdo defiende,  
hasta que viene un día, lo mismo que la vida,  
de soledad formada, la muerte, y el olvido  
deja por siempre enhiesto, invencible, instalado  
cubriendo nuestro pecho, devorando en la tarde  
los mármoles y pórfidos donde, en plan de vencerlo,  
escribimos con manos ambiciosas un nombre,  
el mío, el tuyo, el nuestro, el que por años fuimos  
forjando por el mundo, en soledad hundidos,  
en soledad nadando, en soledad nutridos,  
por soledad sitiados, y en soledad vencidos.<sup>30</sup>

---

30. A. Carrión, «Soledad», en *Poesía: Segunda jornada*, pp. 76-77.

Pero, quizá, «una cierta sonrisa» solitaria y desierta, de eremita feliz, debió acompañar al Alejandro Carrión de los últimos días, porque él, experto en romances y serpientes, intérprete del sonido y la furia, humorista, nómada y gitano, pudo haber jugado a todos la broma más sabia de su existencia: cerrar sus ojos para que se abran las miradas de los otros.

Si hubiese sido así, nobleza obliga, gustoso lo invitaría otra vez a sentarnos en las gradas y a cantar, como él diría: «con la sonrisa dulce y la boca encendida». \*

Fecha de recepción: 8 noviembre 2006.

Fecha de aceptación: 21 febrero 2007.

## Bibliografía

- Adoum, Jorge Enrique, *De cerca y de memoria*, La Habana, Editorial Arte y Literatura, 2002.
- Arias, Augusto, *Panorama de la literatura ecuatoriana*, Quito, Ministerio de Educación, 1956.
- Barrera, Isaac J., *Historia de la literatura ecuatoriana*, vol. IV, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1955.
- Carrión, Alejandro, «Elogio de la novela policíaca», en *Letras del Ecuador*, No. 23, Año III, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, mayo de 1947.
- «Los Compañeros de Don Quijote», en *Revista de la Casa de la Cultura Ecuatoriana*, vol. 5, tomo II, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, agosto-diciembre 1947.
- «Poesía del Siglo XX, de Jorge Enrique Adoum», en *Letras del Ecuador*, No. 108, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, marzo-junio de 1957.
- *Poesía: Primera jornada*, Quito, Banco Central del Ecuador, 1983, 2a. ed.
- *Galería de Retratos*, Quito, Banco Central del Ecuador, 1983.
- *Esta vida de Quito*, Quito, Banco Central del Ecuador; 1983.
- *Poesía: Segunda jornada*, Quito, Banco Central del Ecuador, 1988.
- *Los caminos de Dios*, Quito, Banco Central del Ecuador, 1988.
- *El último rincón del mundo*, Loja, diario *El Comercio*, Municipio de Loja, 1992.
- Carrión, Benjamín, *Correspondencia I. Cartas a Benjamín*, Quito, Municipio del Distrito Metropolitano de Quito, 1995.
- Domínguez, Christopher, *La sabiduría sin promesa*, México, Joaquín Mortiz, 2001.
- Entrevista a Alejandro Carrión, por Álvaro Sanclemente, en diario *El Tiempo*, Bogotá, 16 de noviembre de 1946.
- Franklin, Albert. B., *Ecuador. Retrato de un pueblo*, Colección Ecuador, Testimonio de autores extranjeros, vol. 4, Quito, Corporación Editora Nacional, 1984.
- Juan sin Cielo, «Está la ley hecha poncho», en revista *La Calle*, No. 49, Quito, 22 de febrero de 1958.

— «El camino a la unidad», en revista *La Calle*, No. 123, Quito, 18 de julio de 1959.

Mora Reyes, Alfredo, *Maestros lojanos*, Loja, Casa de la Cultura Ecuatoriana Núcleo de Loja, 1959.

Ogaz Arce, Leonardo, *Todo el poder a Velasco. La insurrección del 28 de Mayo de 1944*, Quito, Ediciones Abya-Yala, 1998.

Vera, Pedro Jorge, *Gracias a la vida. Memorias*, Quito, Voluntad, 1993.